

# El fracaso de la democracia cristiana

E.  
MIRET  
MAGDA  
LENA

**L**OS expertos en politología están asombrados. Los demócrata-cristianos de Ruiz-Giménez y Gil-Robles no han sacado ni un solo diputado en las elecciones recién celebradas, y para los cuales los pronósticos previos eran favorables. Se pensaba que en España —la nación tradicionalmente católica— el nombre cristiano aplicado a un grupo político podía ser todavía decisivo. Además, por si fuera poco, la noble figura de su presidente, Joaquín Ruiz-Giménez, un hombre que había pasado del franquismo a la oposición en los momentos más difíciles y delicados, y que se entregó con todo su amplio corazón a una batalla casi imposible hace años, iba a potenciar todavía más esas previsiones generales.

Sin embargo, nada de esto ha ocurrido: la Democracia Cristiana, homologada por los grandes partidos europeos de igual inspiración, ha sufrido un descalabro total en nuestro país tras el período de cuarenta años de nacional-catolicismo franquista.

Esto hace necesario un análisis sereno y cuidadoso.

Los partidos demócrata-cristianos europeos generalmente están compuestos por católicos en su mayor parte, y han tenido —y tienen— un fuerte protagonismo en Italia y en Alemania, aparte de otras naciones de menos envergadura geográfica. Sin embargo, poco a poco se han desgajado del confesionalismo, bajo cuyas alas nacieron, y se inspiran ahora en los valores humanos que aportó el cristianismo al mundo, en vez de pretender una influencia más o menos clerical sobre sus países. La Iglesia los ve con buenos ojos, y en Italia sobre todo mantienen unos estrechos y hábiles lazos con la democracia cristiana, aunque no siempre han sido limpios. Por todo ello, y teniendo en cuenta la alta valía política de estos líderes europeos, tales partidos son todavía importantes protagonistas en el concierto político de sus países y del contexto europeo.

¿Por qué, entonces, en España no ha ocurrido así en unas elecciones que contaban con un electorado en el cual casi el cien por cien eran bautizados, y habían vivido de niños el impacto tenaz de una instrucción religiosa católica excluyente de toda otra postura?

Muchas y variadas son las causas que han concurrido, pero desde luego no pueden minimizarse queriendo alegar como objeción fundamental un desacierto en el modo exterior de realizar publicitaria-

mente su campaña electoral. Eso sería hacer de menos al electorado español. Tiene que haber causas más hondas; y sin duda las hay.

Las sociedades europeas han sufrido un proceso lento de secularización, a partir de la Edad Moderna, pero especialmente en la Edad Contemporánea. En el siglo XVI hubo un cardenal de la Iglesia —Baronio— que captó positivamente esta realidad, al decir —en un comentario aparentemente humorístico— que la Biblia no nos enseña cómo es el cielo, sino cómo se va a él. Es verdad: el cielo y la tierra, las cosas que vemos con los ojos, las tenemos que arreglar nosotros, no podemos pretender que la Biblia, ni sus corifeos los obispos, nos ilustren sobre estas realidades terrenas. Sin embargo, la famosa CEDA de la II República, y los partidos demócrata-cristianos europeos cayeron en sus inicios en esa tentación, poniéndonos delante de los ojos las encíclicas de los Papas como si de ellas pudiera extraerse un verdadero programa político.

Ese fue el fallo inicial de todo partido demócrata-cristiano; fallo que siempre estuvo latente en su estructura, y al que se unió una excesiva vinculación a la Iglesia jerárquica. Pero esto también tiene su ventaja, porque existen todavía, en esos países europeos de influencia histórica cristiana, amplias zonas de creyentes que no han adquirido la suficiente independencia y que están aún impresionadas (no sé por cuánto tiempo) por tal influencia eclesial. En cambio, entre nosotros la Iglesia oficial se desgajó tanto durante nuestro posfranquismo de este grupo político y ha marcado tan claramente sus distancias con él que el elector no ha podido unir ambos elementos a la hora de decidir su voto, y se ha apartado de la democracia cristiana cuando hubiera estado quizá propicio a ella si hubiera visto a la Iglesia inclinada hacia ellos.

Esta situación de influencia cristiana en la política de algunos países europeos es provisional. El mundo va adquiriendo su mayoría de edad y está conquistando su autonomía de lo temporal, haciendo, por eso mismo, que el partido político de inspiración y denominación cristiana tenga poco porvenir. Y, desde luego menos después de la experiencia de nuestras elecciones, en que el electorado católico no se ha visto presionado hacia un parti-

do cristiano y ha gustado de las mieles de su adulez política libre de todo clericalismo.

Esta es una primera razón. Pero hay otras muchas. Por ejemplo: su falta de ideología concreta. Esta democracia cristiana no ha planteado un programa coherente que correspondiera al electorado de centro, que es el suyo, ni ha sabido estar en su sitio. Factores emotivos personales de algunos líderes, como Ruiz-Giménez, han inclinado la balanza a una vertiente de izquierdas, que se pretendía a veces socialista, que no correspondía a las características de una democracia cristiana vinculada a los partidos europeos de igual denominación. Al final ha resultado la confusión; porque en sus mítines les aplaudían los socialistas y comunistas, y se desorientaban sus propios seguidores.

Cada personaje político tiene una representación popular difusa que no puede desconocer, y ahondando en ella es como encontraría sus potenciales electores. Pero separándose de la misma se encontrará en pleno vacío —como le ha ocurrido ahora a nuestra democracia cristiana— y sin apoyo del electorado del centro ni del de la verdadera izquierda.

Pudo haber previsto tal resultado este grupo al apreciar cómo, poco a poco, se separaban los convencidos demócrata-cristianos que no querían perder confusamente su identidad: Alvarez de Miranda, Alzaga, Vega Escandón, Tusell y otros muchos que se fueron a un lugar que representaba mejor su imagen política.

Sin duda, todo ello, junto con falta de organización, ha influido en el fracaso —más que derrota— de la democracia cristiana homologada con Europa.

No se puede hacer política a golpes de corazón, sino con la razón en la mano y el sentido de la realidad en la otra. Y conste que sería bello también un mundo ideal al que se llegase sólo a fuerza de los más nobles y cálidos sentimientos.

Pero la Humanidad no se mejora con afectos ciegos, sino con razones válidas y prácticas, como pensó hace más de un siglo Marx. ■